

CAPÍTULO II.

EL RENACIMIENTO Y LA EDAD MEDIA.

Razon tenían los literatos del siglo XV en celebrar el Renacimiento como una edad de oro: para ellos era en verdad la realización de ese ensueño de los poetas. En ninguna época han sido las letras objeto de semejante admiración: era un verdadero culto. Un humanista cuyo nombre no es hoy conocido más que de los sabios, *Francisco Philelpho*, nos dirá de qué autoridad gozaba él mismo en la primera ciudad de Italia, en Florencia: "Mi nombre está en los labios de todos; los primeros magistrados de la república, las damas más nobles, me abren paso; y tal deferencia me guardan, que casi me avergüenzan. Tengo diariamente más de cuatrocientos oyentes, la mayor parte hombres formados y del orden senatorial. Los primeros dignatarios de la república no poseen una influencia tan grande como la que yo tengo" (1). Este hombre tan considerado, tan poderoso, no tenía otro mérito que saber el griego y el latín.

Cosa digna de notarse y que prueba que la Providencia dirige los destinos humanos, y con fre-

(1) F. PHILELPHI *Epist.*, lib. II, p. 9 y 10 v.*

cuencia en sentido inverso de nuestros esfuerzos, es que fué un papa quien dió el ejemplo de la pasión por la literatura antigua. Nicolás V consagró su vida á la protección de las letras griegas y latinas. Después de la caída de Constantinopla, fué su primer cuidado enviar á las provincias ocupadas por los Turcos humanistas encargados de comprar á toda costa los manuscritos, y mandó otros hasta á las islas más lejanas del Occidente para buscar los autores latinos. Los amigos de la literatura decían que, gracias al papa, no había perecido Grecia, que no había hecho más que emigrar á Italia (1). Se comprende que los hombres de letras eleváran á su protector hasta las nubes. *Lorenzo Valla* lo coloca por cima de todos los soberanos pontífices: "Apénas, dice, si hay uno solo que con él pueda compararse" (2). ¿Quién no ve, sin embargo, que los sucesores de San Pedro favorecían un movimiento intelectual que debía ser funesto para su poder y para el propio cristianismo? Hubo papas á

(1) F. PHILELPHI *Epist.*, lib. XIII, p. 92.

(2) LAURENT VALLA, *De lingua latina elegantia* (Prefacio).

quienes el instinto de conservación advirtió del peligro: Paulo II persiguió á los literatos, porque decía que eran todos herejes (1). Pero el espíritu del tiempo era más poderoso que los individuos, y sucedió en el siglo XV lo que se vió después en el siglo XVIII: la Iglesia protegió á los que tenían la misión de arruinarla, como los reyes y los nobles acariciaron á los filósofos que sembraban las semillas de la revolución francesa.

Por más que los papas protegieran á los humanistas, la guerra entre éstos y la Iglesia era inevitable. En todas partes se sublevaron los monjes contra los restauradores de la antigüedad, y el monaquismo era el verdadero representante de la inmutabilidad católica. Perfeccionar el arte de escribir y de hablar el latín; resucitar lenguas ignoradas en los monasterios, el griego y el hebreo, era á sus ojos una innovación que comprometía a fe. Oigamos el sermón de un religioso mendicante: "Se ha inventado una lengua nueva que se llama el griego; y hay que guardarse de ella, porque es la madre de todas las herejías. Cuanto al hebreo, mis queridos hermanos, es lo cierto que todos los que lo aprenden, luego se vuelven judíos" (2). Y no se equivocaban los monjes, porque, como dice el poeta galo, "ese griego, ese hebreo, ese latín, han puesto el dedo sobre la llaga" (3). No podían engañarse los monjes en punto á las tendencias de los humanistas, porque no había uno solo de éstos que no ridiculizara la santidad monástica; y atacar el monaquismo, ¿no era atacar la perfección evangélica? Los religiosos predicaron que era una herejía leer un poeta, y por poeta lo mismo entendían á Cicerón y Tito-Livio que á Catulo y Propertio (4). Conocida es la tempestad que suscitaron contra Reuchlin por odio al hebreo, la lengua de los deicidas. Los libros sagrados, en el texto original, les parecían vehementemente sospechosos: "Yo veo en las manos de muchas gentes, decía un fraile mendicante, un libro escrito en griego que llaman el Nuevo Testamento, y es un libro lleno de espinas y de veneno." ¿No eran cismáticos los Griegos? Pues

(1) TIRABOSCHI, *Storia della letteratura italiana*, t. VI, p. I, página 72.

(2) Estas palabras son textuales. CONRADO DE HERESBACH, escritor serio y respetable, es quien las refiere (VILLERS, *Essai sur la réformation*, p. 64, nota).

(3) MAROT, *segunda epístola del gallo al asno*.

(4) GIESLER, *Kirchengeschichte*, t. II, IV, § 151, p. 531.

todo lo que estuviera escrito en griego debía resentirse del cisma (1).

No venía sólo de los monjes esta estúpida oposición contra el Renacimiento. Las universidades, que habían dirigido en la Edad Media el movimiento intelectual, trataron de contenerlo en el siglo XV: órganos del catolicismo, se habían inmovilizado como la Iglesia. Un humanista que estudió en Colonia en 1477 dice que allí gustaban los escritores de la antigüedad, casi como á los Judíos la carne de cerdo (2). Colonia se convirtió en sede de la ignorancia y de la barbarie; de allí partieron á principios del siglo XVI las persecuciones del oscurantismo teológico contra el ilustre Reuchlin. No fué ménos viva en Inglaterra la lucha entre lo pasado y lo porvenir: los doctores de Oxford hicieron una liga contra la enseñanza del griego, y para atestiguar su antipatía contra los helenistas tomaron el nombre de los enemigos mortales de Grecia. Los *Trojanos* persiguieron con sus injurias y violencias á todos los que sospechaban que tuvieran afición á las letras antiguas; pero el nombre de guerra que estos nuevos bárbaros eligieron, era de mal augurio para su causa; no faltó un Aquiles á tales París y Héctor. *Morus*, uno de los espíritus más esclarecidos del Renacimiento, hirió á los *Trojanos* con el ridículo; pero los teologastros eran los amos, y fué preciso nada ménos que el apoyo del omnipotente Enrique VIII para hacer obligatorio el estudio del griego en la universidad de Oxford (3). Dignas nos parecen hoy estas guerras de la de las ranas cantada por Homero; mas en el siglo XV no se entendía así, y era en realidad la lucha del catolicismo contra la civilización moderna. La primera facultad de teología de la cristiandad, la Sorbona, osó decir ante el parlamento que se acabaría con la religión si se permitiera el estudio del griego y del hebreo (4).

Cuando estalló la Reforma, la lucha se hizo más violenta. En el siglo XVI, la revolución religiosa dió razón á los monjes, como la dió la revolución política del siglo XVIII á los enemigos de la filosofía. Los teologastros se ensañaron especialmente

(1) REUCHLIN, en MAJUS, *Vita Reuchlini*, p. 161.

(2) CELTES, *Op.*, lib. III, 21.—ULLMANN, *die Reformatoren*, tomo II, p. 309.

(3) TH. MORUS, *Epistola scholasticis quibusdam Trojanos se appellantibus* (en la biografía de MORUS por ROPER).—WARTON, *History of english poetry*, t. III, p. 4.

(4) VILLERS, *Essai sur la réformation*, p. 63, nota.

contra Erasmo. El Luciano del Renacimiento usó contra sus adversarios el arma poderosa del ridículo, y hay que confesar que se prestaban a ello. Habiendo acusado un predicador a Erasmo de herejía en plena cátedra, se le preguntó qué errores le reprochaba; y el fraile respondió: "Yo no he leído los libros de Erasmo; he querido leer sus paráfrasis del Evangelio, pero la latinidad es demasiado elevada, y temo que haya caído en herejía por causa de esa elevada latinidad.", (1). Todo lo que no comprendían aquellas santas gentes era herético (2). Sin embargo, Erasmo no podía negar con todo su extraordinario ingenio lo que era claro como la luz, la relación entre el Renacimiento y la Reforma. Si Lutero, contra lo que decían los monjes (3), no procedía del Renacimiento, no es menos cierto que el Renacimiento era aliado de la Reforma, y que los literatos eran enemigos de la teología escolástica, lo cual, bajo el punto de vista de una estrecha ortodoxia, los hacía sospechosos de herejía. No dejaron los monjes de seducir a los príncipes, insinuando que el estudio de las letras antiguas engendraria necesariamente revoluciones; y se apoderaron, además, de la juventud, haciendo temer a las madres que se comprometía la salvación de sus hijos si asistían a una escuela en que se leyera a Cicerón y en que se estudiara el griego y el hebreo (4). Pero sus esfuerzos fueron vanos, como lo son siempre los esfuerzos de los hombres de lo pasado que luchan contra un porvenir inevitable y providencial. El hombre que era, aún más que Lutero, blanco de los ataques de los monjes (5), Erasmo, tenía la conciencia de su triunfo futuro: "¿Qué es esto, después de todo, decía, sino la lucha de las tinieblas contra la luz, de la barbarie contra la civilización?", (6). Agréguese a esto las vanidades

(1) ERASMI *Epist.* DXXX (*Op.*, t. III, P. I, p. 580).

(2) "Quidquid non intelligunt hæresis est; græce scire, hæresis est; expolite loqui, hæresis est; quidquid ipsi non faciunt, hæresis est." ERASMI *Epist.* CDLXXVII (*Op.*, t. III, P. I, p. 517).

(3) "Dictitans ex his fontibus hæreses nasci." ERASMI *Epistola* CCCLXXX (*Op.*, t. III, P. I, p. 406).

(4) ERASMI *Adag. Chil. IV. Centur. v. Prov. I* (*Op.*, t. III, página 1053).

(5) "Theologi monachique, quorum implacabile odium in me concitaram, ob proveceta bonarum literarum studia, quas istæ pecudes multo pejus oderunt quam Lutherum ipsum..." ERASMI *Epist.* BCCXLII (*Op.*, t. III, P. I, p. 850).

(6) "Temporis progressu vincet veritas." ERASMI *Ep.* CDXXII (*Op.*, t. III, P. I, p. 442).

heridas, las ambiciones frustradas, los intereses comprometidos (1), y se tendrá idea de lo que pasaba en el siglo XVI como de lo que pasa a nuestros ojos. La lucha es siempre la misma, pero el éxito es menos dudoso que nunca.

Los teologastros del siglo XV han encontrado émulos en nuestros días; y en pleno siglo XIX se ha querido proscribir la literatura antigua, porque es la literatura de los paganos. Este furor impotente no atestigua más que una cosa, los esfuerzos desesperados de un partido moribundo por retener la dominación que se le escapa. Y tal es la fuerza del espíritu moderno, que arrastra a los mismos que quisieran resistirle: una parte del episcopado se ha sublevado contra la nueva invasión de los Bárbaros. Mas esto no impide a la Iglesia proscribir los libros que le parecen peligrosos para la salvación de los fieles; y si tuviera poder para ello, reduciría la literatura a los escritos ortodoxos por el estilo de los que recomiendan los jesuitas y que un ministro belga ha calificado de literatura del cretinismo. ¿Puede esperar la Iglesia poner a raya la marcha de la humanidad? ¿Ignora que la literatura es la expresión de la sociedad, de sus deseos y de sus aspiraciones, como de sus antipatías y de sus repugnancias? Si, pues, la literatura moderna es anticatólica, ¿no será porque la sociedad misma deserta de los altares del Cristo? No son los literatos quienes hacen la sociedad incrédula; es, al contrario, porque la sociedad ha abandonado la fe de lo pasado por lo que la literatura es más o menos hostil al catolicismo. Y, sin embargo, esta sociedad es la obra de la Iglesia; la Iglesia es quien durante diez y ocho siglos ha guiado a la humanidad por lo que llama el camino de la salvación; ¡y al cabo de esta dominación secular el mundo se le va! A menos de cerrar de intento los ojos a la luz, hay que ver en este hecho una señal de los tiempos, la muerte de una religión decrepita, y ya se perciben los albores que anuncian el advenimiento de una religión más conforme a las necesidades de la humanidad.

(1) ERASMI *Epist.* CDLIII (*Op.*, t. III, P. I, p. 490); *Epist.* CMXX (*ib.*, p. 1051).

CAPÍTULO III.

EL RENACIMIENTO Y LA REFORMA.

La influencia del Renacimiento en la Reforma es incontestable. Verdad es que los primeros humanistas no pensaban en atacar al catolicismo, y aún hubo siempre entre ellos quienes, consagrados por entero a sus libros queridos, no tuvieron siquiera la intención de entrar en lucha con la Iglesia. Esa fue una de las fases del Renacimiento; pero éste tuvo otras muchas, y al apreciarlo no se puede olvidar que fue menos una reversion a lo pasado que una vida nueva, y la vida tiene infinitas variedades. Siguiéron los letrados direcciones bien diversas: unos se contentaban con el estudio apacible de la antigüedad; llevaban otros el culto de los antiguos hasta el fanatismo, y en fuerza de exaltar a los Griegos y a los Romanos, se hacían paganos é incrédulos; y otros, por último, prepararon el camino a la Reforma y se ligaron a los reformadores. Humanistas fueron algunos de los jefes de la revolución religiosa: el apacible Melanchthon y el atrevido Zuinglio pusieron al servicio del protestantismo, el uno la ciencia y el otro la libertad del espíritu que habían aprendido en el comercio de los antiguos. Tal fue la tendencia gene-

ral del Renacimiento en Alemania. El genio de la nación es religioso, y necesitaba una religión más íntima, más severa que la que en el siglo XVI imperaba en Roma. Así, desde que los Alemanes cultivaron las letras, se aplicaron al estudio de los libros sagrados, y ese fue el comienzo de la Reforma (1).

Es imposible negar, dice Lutero, que el Renacimiento favoreció el estudio de la Escritura (2); y sabido es cuánto temía la Iglesia la lectura de la Biblia. Entregar la palabra de Dios a la discusión de los fieles, ¿no era desviarlos de la religión ortodoxa para convertirlos al cristianismo primitivo? En realidad, los letrados fueron conducidos por la Sagrada Escritura y por los Padres de la Iglesia a las mismas ideas que los reformadores: opusieron el cristianismo primitivo al catolicismo y predicaron la reversion a la pureza evangélica. De otra

(1) ROD. AGRICOLA, uno de los primeros humanistas alemanes, deploraba las tinieblas de la Iglesia; reprobaba la misa y el celibato, y disputaba ya sobre la justificación por la fe y las obras (MELANCHTHONIS *Declaratio*, t. I, p. 602).

(2) LUTHERI *Epist. ad Eras.* (ERASMI, *Op.*, tomo III, 1, página 846).